

Hacia una feminización de la violencia: Gioconda Belli y *La mujer habitada*

Margaux Héléudut

Universidad Complutense de Madrid, m.heledut@gmail.com

Fecha de recepción: 20/06/16 - Fecha de aceptación: 29/11/16

DOI: <http://dx.doi.org/10.19239/riidv2n1p1>

Resumen: Este estudio de *La mujer habitada*, de la autora nicaragüense, se basa en el análisis de la representación del uso de la violencia presente en dos tiempos históricos –el de la Conquista y el de la Revolución Sandinista- y la forma mediante la cual lo inscribe en la ficción. La violencia es abordada en su pluralidad, a fin de demostrar cuáles son sus fines justos. El protagonismo de la mujer en su novela lleva a hablar de la violencia ejercida contra la mujer, pero también a comprobar cómo sus dos protagonistas se rebelan contra las normas impuestas por la sociedad. Su lucha viene a identificarse con la de mujeres cuyas huellas se vieron borradas o minimizadas. Así es como Gioconda Belli, a través de su ficción, decide volver a legitimar el sitio de la mujer en la Historia.

Palabras clave: Dictadura, Revolución, Compromiso, Discriminación sexual, Novela Histórica.

Towards a feminization of the violence: Gioconda Belli and *La mujer habitada*

Abstract: This research of *La mujer habitada*, by the Nicaraguan author, is based on analysing the representation of the violence's use present in two historical periods –the Conquest and the Sandinista Revolution- and the way that is reflected into the fiction. Violence is approached in its plurality, looking for pointing out which are its fair outcomes. The protagonism of the woman in her novel leads to talk about the violence exerted against the women, but also to verify how its two main characters get rebelled against the rules imposed by the society. Her fight is identified with the fight of women whose footprints were erased or minimized. That is how Gioconda Belli decides, throughout her fiction, re-legitimize the position of the women in History.

Key words: Dictatorship, Revolution, Commitment, Sexual Discrimination, Historical Novel.

Introducción

Cuando uno se acerca a reflexionar en torno a la literatura de la violencia en lengua española se tiende a pensar en la creada por autores de América Latina. Esto no significa la inexistencia de dicha literatura en la Península, sino que, por razones culturales, económicas y sociopolíticas el continente latinoamericano parece más proclive a producir una literatura en la que la temática de la violencia está más presente. Así lo reconoce igualmente Gloria Da Cunha, admitiendo que los países latinoamericanos:

“se debaten en la inestabilidad política y social que, como apuntan muchos críticos, favorece la tendencia hacia los

temas históricos” (2004: 19).

No hay más que recordar las denominadas novelas de la dictadura tales como *La fiesta del chivo*, *El otoño del patriarca*, *Yo el Supremo*, etc. Pero, también las novelas testimoniales revelan la represión de los gobiernos autoritarios, por ejemplo en el caso de Argentina, *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, o la denuncia de la violencia contra los indígenas en *me llamo rigoberta menchú* y *así nació la conciencia*, redactada por Elizabeth Burgos. Además, no hay que olvidar la infernal 2666 de Bolaño y sus asesinatos de mujeres en una ficticia ciudad que, en mucho, se parece a Ciudad Juárez.

Trabajando en mi tesis, *El compromiso en la novela femenina contemporánea de Gioconda Belli y Almudena*

Volumen 2 Número 1, Enero-Marzo 2017

<http://onlinejournal.org.uk/>

[Licensed Under Creative Commons Attribution CC BY](http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

Grandes, me pregunté ¿en qué puedo relacionarlo con la literatura de la violencia? En *La mujer habitada* de Gioconda Belli es absolutamente factible analizar la representación de la violencia, o mejor dicho de las violencias, en esta novela que abarca temas como el de la conquista, la dictadura, la resistencia, la revolución y relaciona estos distintos espacios cronológicos mediante la presencia de la violencia de género¹. Definirlo como una feminización de la violencia se refiere al hecho de que al estar inmersas en un clima de violencia, las protagonistas de la narración deben ser consideradas modelos del nuevo papel de la mujer en la sociedad que les permite ser partícipe de esta violencia. La feminización alude al papel de las protagonistas no al sexo de la autora. Entonces no equivale admitir la existencia de una diferencia conceptual en la violencia según el género de quien escriba ese tipo de novela.

Pero antes de entrar más en detalle en el análisis de la violencia en este texto hay que contestar dos preguntas fundamentales para entender el planteamiento de este análisis: ¿qué es la violencia?, ¿qué es la literatura?

Si se busca en el Diccionario de la Real Academia Española, este ofrece cuatro acepciones del término “violencia”: “cualidad de violento”, “acción y efecto de violentar o violentarse”, “acción violenta o contra el natural modo de proceder” y, por último, “acción de violentar a una mujer”. Estas son definiciones que corresponden al tipo de situaciones narradas en *La mujer habitada*. Tomando en cuenta de igual modo la ambigüedad de la violencia según la define Jean-Marie Domenach en su artículo “La violencia” (1981: 33), resalta el predominio durante el siglo XX del aspecto político de la violencia que usa la fuerza para conquistar el poder o para dirigirla hacia fines ilícitos. Y al dictador, para legitimar su poder, le hace falta una cualidad de violencia innata a su personalidad; hace uso de la violencia con el fin de hacerse temer y respetar, de hecho, percibimos el efecto de violentar en la práctica de la tortura; ocurre lo mismo con los conquistadores quienes para someter a la población indígena se impusieron a la fuerza masacrándola y esclavizándola. En lo que se refiere a una acción violenta, la resistencia indígena y la revolución sandinista son situaciones claves de este proceso y se corresponden a la crítica de la violencia hecha por Walter Benjamín, según analiza el uso de la violencia como medio y no como fin:

“En el empleo de medios violentos para lograr fines justos el derecho natural no ve problema alguno, como el hombre en su “derecho” a dirigir su propio cuerpo hacia

¹ Por eso se analiza las violencias en su pluralidad puesto que en la novela la violencia de género se representa, principalmente, desde un punto de vista psicológico, no menos violenta que la violencia física ejercida en contra de la mujer.

la meta que persigue. Según la concepción iusnaturalista [...] la violencia es un producto natural, como una materia prima, cuyo empleo no plantea problemas mientras no esté al servicio de fines injustos.” (2010: 88)

La resistencia y la revolución usan la violencia como medio de rebelión -para oponerse y sublevarse en contra de un orden ilegítimo que se quiere imponer- para llegar a un fin justo: tanto el derrocamiento de la dictadura como el afán de libertad e independencia. En cuanto a la violencia de género, no sólo es una referencia al uso de la fuerza corporal para imponer la superioridad masculina, sino también a la violencia del discurso machista y la discriminación sexual; el verdadero interés reside en la percepción que tiene la sociedad acerca de la imagen de la mujer y del papel que tiene que desempeñar. En *La mujer habitada* tres personajes femeninos, Itzá, Lavinia y Flor, rompen los moldes imperantes al tomar las armas y dejar el ámbito de lo privado para pelear al lado de los hombres.

La segunda pregunta: ¿Qué es la literatura? Si de nuevo se busca en el Diccionario de la Real Academia Española, una acepción llama nuestra atención, la que afirma que la literatura es un “arte que emplea como medio de expresión una lengua”. De hecho, la literatura de la violencia sería el arte de la violencia expresado mediante la lengua o sea, la palabra. La finalidad de la literatura la expresa Sartre en su ensayo *¿Qué es la literatura?*, atribuyéndole una función social mediante la cual:

“el escritor ha optado por revelar el mundo y especialmente el hombre a los demás hombres [...] la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente” (1957: 54).

El escritor se compromete en revelar algo ocultado o ignorado por la sociedad y hace uso de la violencia porque sus palabras se convierten en armas. Sartre citando a Brice-Parain alude al hecho de que las palabras son “pistolas cargadas” (1957: 54). Gioconda Belli carga su pluma para denunciar torturas y discriminaciones que se han producido en la Historia porque el escritor:

“no pasa tampoco por encima de la historia: está comprometido en ella. Los autores también son históricos.” (Sartre 1957: 88)

La poeta y novelista nicaragüense, Gioconda Belli, formó parte del FSLN y participó en la lucha contra Somoza. Su trayectoria la sitúa frente a un compromiso doble: su compromiso con la Historia y su compromiso con la literatura. Para entender esta noción doble del compromiso, hay que tener en cuenta que:

“l’engagement procède dans une large mesure de la

conscience que l'écrivain possède de son historicité"² (Benoît 2000: 37).

O sea que, por haber vivido tal experiencia como mujer, poeta, militante, siente la necesidad de dar un testimonio ficticio en *La mujer habitada* de lo que fue su vida y su papel en el sandinismo. En esta novela reinventa la propia Historia pero se adivina que Faguas se refiere a Nicaragua, el Gran General a Somoza y el Movimiento de Liberación Nacional al FSLN. Además, nutre la ficción de elementos reales que se encuentran en otra de sus obras, *El país bajo mi piel, memorias de amor y de guerra*, en la que narra su experiencia real en el FSLN³. Gioconda Belli estuvo implicada en la Historia de su país y representarla a través de la literatura le permite dar el sentido que cobró para ella tal compromiso, como dice Sartre:

“Il ne s'agit pas de savoir si l'histoire a un sens et si nous daignons y participer, mais, du moment que nous sommes dedans jusqu'aux cheveux, d'essayer de lui donner le sens qui nous paraît le meilleur, en ne refusant notre concours, si faible soit-il, à aucune des actions concrètes qui le requièrent.”⁴ (Yves, K. 2011)

Mediante los propósitos de Sartre, se comprueba que la representación de la Historia que hace Gioconda Belli en sus obras -tanto poéticas como novelísticas- entra en esa participación en acciones concretas que necesita la Historia para mantenerse viva. Puesto que el pasado es señal de identidad para la sociedad actual y las generaciones futuras, Ryukichi Terao llega a la misma conclusión en su trabajo sobre la novelística de la violencia en América Latina:

“el resultado común al que llegó la gran mayoría es la vuelta al origen de la novela como la ficción y la invención de un mundo imaginario [...] los novelistas acuden ahora a la imaginación para recrear los hechos históricos según su propia visión del mundo. Antes que la realidad misma [...] tratar de buscar [...] cómo comprender el mundo circundante y cómo enfrentarse a la realidad.” (2005: 308-309)

Seymour Menton define la novela en general como novela histórica ya que la acción en la casi totalidad de las novelas se inscribe en un ambiente social del pasado. Como se ha señalado anteriormente, el escritor como ser humano vive en su tiempo, es un ser histórico. Carlos Mata refuerza esta idea

² “El compromiso viene mayoritariamente de la conciencia que el escritor posee de su historicidad.” (Trad. propia).

³ Pero aunque resulte muy interesante tratar de la mezcla de lo ficticio con lo histórico así como de la complementariedad de estas dos obras, esto no es el objetivo de este trabajo.

⁴ “No se trata de saber si la historia tiene sentido ni tampoco si consentimos participar en ella, sino, a partir del momento en el que estamos metidos hasta el fondo, intentar darle el sentido que mejor nos parezca, sin rechazar nuestra participación, por muy leve que sea, en ninguna de las acciones concretas que lo requieran.” (Trad. propia).

afirmando que “la literatura, siempre refleja en mayor o menor medida la realidad del momento” (1998: 12).

En América Latina, la novela histórica llega a ser reconocida a partir del año 1979 inspirándose en las crónicas coloniales y en el escritor escocés Walter Scott. Ese género es definido como un género híbrido, puesto que va mezclando lo histórico con lo ficticio –en un grado mayor o menor– permitiendo al escritor interpretar como mejor le parezca un hecho histórico. Entonces sólo se puede afirmar que *La mujer habitada* se inscribe en el género de la novela histórica puesto que está escrita desde un punto de vista histórico nutriéndose del aspecto ficticio encerrado en cada novela. Gioconda Belli usa como telón de fondo, por una parte, la Historia de la Nicaragua de los años 70 y, por otra, la del siglo XVI y la Conquista. Con ello va tejiendo su ficción mezclando elementos o personajes ficticios con otros reales; incluso da un toque de realismo mágico mediante el personaje de Itzá, reencarnado en naranjo. El naranjo, o sea Itzá, actúa como espectadora de la situación presente –la Nicaragua de los 70- mientras narra su vida pasada intentando encontrar semejanzas entre la lucha, en la cual participó ella, contra los españoles durante la Conquista y la del Movimiento Nacional. El realismo mágico alcanza su punto álgido cuando Itzá logra entrar en la conciencia de Lavinia. Empieza a servirle de “guía espiritual” para la lucha y hasta consigue pelear en su lugar, al final, cuando declara:

“Yo no dudé. Me avalancé en su sangre, grité desde todas sus esquinas, ululé como viento arrastrando aquel segundo de vacilación y apreté sus dedos, mis dedos contra aquel metal que vomitaba fuego” (Belli 2011: 395).

Pero lo que importa en este trabajo, para tratar del tema de la literatura de la violencia es estudiar cómo Gioconda Belli representa las violencias⁵ en su novela. Es por ello que el estudio se centrará en pasajes en los que se ven reflejadas estas. El análisis se dividirá en cuatro categorías: la primera tratará la oposición entre la violencia de la Conquista y la de la Resistencia; en la segunda se dará un salto en el tiempo para centrarse en la violencia de la Dictadura y la de la Revolución. Estos dos puntos servirán para comprobar cómo se puede hacer uso de la violencia para intentar llegar a fines justos. No hay que olvidar que tanto el dictador como el conquistador usan la violencia para llegar a un fin que, desde sus puntos de vista, es justo; tan justo como el de los indios o el de los sandinistas, aunque no usen la violencia para conseguir lo mismo.

Respecto a la tercera categoría, se destacará la violencia hacia las mujeres en los dos tiempos histórico-narrativos y el

⁵ Se habla de “violencias” en plural ya que se hará referencia a más de una representación de la violencia, teniendo en cuenta las distintas definiciones que del término se ha indicado líneas más arriba.

papel de la mujer, tanto el que la sociedad impone -con los prejuicios que lo acompañan- como el opuesto, desempeñado por las protagonistas de *La mujer habitada*. Además, el amor también aparece como un proceso violento; el sentimiento amoroso y lo que las protagonistas llegan a hacer en su nombre, alimenta un tipo de violencia que les conducirá a la muerte, que será la cuarta y última categoría de este trabajo, impregnándolo todo y con ella se llegará al culmen de las violencias, a su finalidad absoluta.

I. Conquista/Resistencia

El título de la novela, *La mujer habitada*, anuncia los acontecimientos que va a vivir la protagonista de la historia, Lavinia que se siente invadida por la presencia de Itzá –la supuesta mujer de Yarince- no sólo en el naranjo de su casa sino también en su mente y hasta en sus venas. Flor intenta proporcionarle una explicación a este fenómeno:

“¿No has estado leyendo sobre la conquista española? [...] Hay un Yarince indígena, cacique de los Boacos y Caribes, que luchó más de quince años contra los españoles. [...] Por cierto que, aunque no se sabe si es leyenda o realidad, Yarince tuvo una mujer que peleó con él. Fue de las que se negaron a parir para no darle más esclavos a los españoles... [...] lo indígena lo llevamos en la sangre.” (Belli 2011: 241-242)

Gioconda Belli va narrando dos tiempos distintos, dos visiones diferentes en –lo que se supone es- un mismo espacio geográfico. A lo largo de la obra estos dos tiempos narrativos –el del siglo XV y el del siglo XX- se van complementando, el segundo siendo continuidad del primero. Itzá echa raíces en el naranjo de la casa y desde ahí actúa como espectadora hasta llegar a mezclar su propia conciencia con la de Lavinia. A través del relato, Gioconda Belli recuerda la violencia provocada por la conquista española y el proceso de colonización llevado a cabo en el denominado Nuevo Mundo, pero que nada nuevo tenía a los ojos de los indígenas que ya vivían allí:

“Los españoles decían haber descubierto un nuevo mundo. Pero ese mundo no era nuevo para nosotros. [...] Éramos náhuatl, pero hablábamos también chorotega y la lengua niquirana. Sabíamos medir el movimiento de los astros, escribir sobre tiras de cuero de venado. Cultivábamos la tierra, vivíamos en grandes asentamientos a la orilla de los lagos, cazábamos, hilábamos, teníamos escuelas y fiestas sagradas. [...] Los españoles decían que debían civilizarnos, hacernos abandonar la barbarie. [...] en los veinticinco años que viví, [este país] se fue quedando sin hombres; los mandaron en grandes barcos a construir una lejana ciudad

que llamaban Lima; los mataron, los perros los despedazaron, los colgaron de los árboles, le cortaron la cabeza, los fusilaron, los bautizaron, prostituyeron a nuestras mujeres.” (2011: 104)

No se va a debatir ahora acerca de la lógica del invasor que usa la violencia para hacerse con el poder, mediante la excusa de acabar con costumbres bárbaras de seres aun sin civilizar. Pero se observará que, cuando se quiere inculcar algo a alguien, lo esperado es enseñarle con el buen ejemplo. Desde siempre, las leyes y reglas impuestas por la sociedad son las que se consideran justas, las que hay que seguir. Uno no puede pretender acabar con la violencia haciendo uso de la misma porque, en buena lógica, la respuesta a este modelo de violencia sería la violencia. Aunque en una guerra o una invasión, siempre se intenta legitimar el uso de la violencia para fines justos, no se puede considerar más humano o más civilizado la visión de una de las partes. Itzá lo reconoce:

“Eran capaces de matar por piedras y por el oro de nuestros altares y vestiduras. Sin embargo pensaban que nosotros éramos impíos porque sacrificábamos guerreros a los dioses” (2011: 32).

Los indígenas usaban la violencia como medio para asegurarse la continuidad de la existencia y el apoyo de los dioses:

“Las guerras se decidían a juicio de los dioses [...] Fueron los invasores los que impusieron nuevos códigos de guerra” (2011: 370).

Pero el hecho de sacrificar –o sea matar- por creencias no les proporcionó legitimidad alguna. No por eso tiene que parecer menor el grado de violencia presente en el hecho de que:

“los corazones de los guerreros cuando el sacerdote los sacaba del pecho [...] latían furiosos hasta apagarse” (2011: 58).

El choque provocado por la visión de esta imagen es tan fuerte como el de imaginar a hombres despedazados por perros.

Luc Delanoy afirma que la violencia es la:

“reacción de un ser que se siente amenazado; un ser cuya identidad e integridad son amenazadas, que es víctima de un orden social o de un sistema agresivo; que, por tanto, pierde su libertad sus derechos” (2003: 39).

Así se sintieron los indígenas al verse invadidos por los españoles, amenazados. Les querían quitar toda huella que definiera su identidad. Fueron víctimas de este sistema de colonización ante el cual no hubo más remedio que usar la violencia a fin de intentar resistir a la opresión y a la sumisión que se les imponía:

“nuestra gente obligada a trabajar como esclava para los

encomenderos. [...] A los guerreros capturados se les sometía a los más crueles suplicios: los despedaban los perros o morían descuartizados por los caballos. [...] Tuvimos que retirarnos de las tierras profundas, altas y selváticas del norte, a las cuevas en las faldas de los volcanes. Allí recorríamos las comarcas buscando hombres que quisieran luchar, preparábamos lanzas, fabricábamos arcos y flechas, recuperábamos fuerzas para lanzarnos de nuevo al combate.” (Belli 2011: 137)

La lucha fue la única solución que se ofreció a los indígenas para intentar defender su libertad y salvarse del yugo español. Se quiere así demostrar que la violencia también está presente en un proceso de resistencia que, casi siempre, se emprende armada. La violencia no es sólo instrumento de los “malos” sino también de los “buenos”⁶. Lo que se proponen las resistencias o las revoluciones es exterminar al invasor o al gobierno autoritario usando la misma táctica. A pesar de la resistencia, los españoles consiguieron colonizar el Nuevo Mundo. La independencia tres siglos después, no impidió la proliferación de los caciques, caudillos y dictadores cíclicamente. ¿Qué es lo que quedó de esta resistencia? ¿Sirvió de algo intentar oponerse a la invasión española? Esas son las preguntas formuladas por Itzá, quien, observando la ciudad de Faguas de los años 70, saca la conclusión de que:

“los hombres siguen huyendo. Hay gobernantes sanguinarios. Las carnes no dejan de ser desgarradas, se continúa guerreando. [...] Es lo único de nosotros [...] que permaneció: la resistencia” (Belli 2011: 105).

II. Dictadura/Revolución

El primer sitio en el que se percibe el ambiente de un régimen dictatorial es en la ciudad: “Faguas, pobre, polvosa y caliente” (2011: 14) y a nivel más general en el país. Destaca la comparación de este con el cuerpo de una mujer:

“el país de la sensualidad: un cuerpo abierto, ancho, sinuoso, pechos desordenados de mujer hechos de tierra, desparramados sobre el paisaje, amenazadores, hermosos” (2011: 15).

El cuerpo abierto puede representar la sumisión del país al gobierno autoritario pero los pechos desordenados se refieren a los numerosos volcanes que pueblan Faguas, dándole poder y fuerza. Para instaurar este reino del terror hace falta un

⁶ Siguiendo un ejemplo de la vida diaria: para apartar a una cucaracha de su casa, no sólo basta con hablarle e intentar convencerla de que se encontraría en mejores condiciones viviendo fuera, sin contaminarle a uno el espacio sino que hay que usar métodos más radicales, más violentos. Hay que combatirla y fumigarla para que uno llegue a sentirse de nuevo libre en su casa.

hombre con poder y persuasivo, manteniéndose en el poder mediante el uso de la violencia ejercida por sus más fieles colaboradores:

“El Gran General [...] un hombre repulsivo, de mediana estatura, barrigón, blanco, de pelo negro, con una sonrisa artificial de dientes cuidadosamente pulidos, manos finas. Se movía con aire de poder, de superficialidad benevolente. A su alrededor el séquito de ministros sonreía servil.” (2011: 119-120)

El sistema de corrupción, represión y tortura del dictador le permite tener todo bajo control. Es un obsesionado del orden. Todos tienen que obedecerle y seguir sus reglas del juego si no quieren perder su vida. Formatea el espíritu del pueblo imponiendo sólo dos canales de televisión (2011: 8). El pueblo se ve reducido a la ley del silencio por miedo a la represión. Prefiere hacer como si no supiera nada porque “no saber nada era lo mejor, lo más seguro” (2011: 82). Pero eso no impide que el pueblo se entere de la violencia presente en el país. Nadie escapa de ella, nadie se puede esconder de ella:

“En Faguas no es posible mantenerse con los ojos cerrados. Por mucho que uno no quiera ver la violencia, la violencia te busca” (2011: 133).

Uno puede hacer la “vista gorda” pero nada escapa a los vigilantes, a los espías del dictador; está la “seguridad” oficial y la oculta:

“aparentes transeúntes inocentes, borrachos durmiendo en las aceras, vehículos estacionados con parejas romanceando; cualquiera de esas señales podía significar peligro, vigilancia de agentes de seguridad” (2011: 94).

Cuando no son ellos, son los temerosos FLAT, los jeeps que luchan contra los terroristas (2011: 97) los que se encargan de la represión contra los que se consideran como disturbios del régimen.

Luc Delannoy afirma que “la violencia se manifiesta, también, a través de la censura y la represión” (2003: 39). Bien es sabido que en todo régimen dictatorial, el control de la información es de suma importancia, por eso el Gran General “había decretado censura de prensa” (Belli 2011: 108).

En cuanto a la represión, el mayor ejecutor de esta es el General Vela a quien Lavinia tiene que construir una casa. Es un hombre de aspecto animal que impresiona por su gordura e impone respeto y obediencia por el tono autoritario de su voz. Podría ser la fiel copia del Gran General, tiene:

“aire de señor feudal [...] la mano era grande y tosca como toda su figura. Era un hombre a quien el apelativo de gorila le caía como anillo al dedo. Las facciones mestizas, casi escultóricas [...] la gordura [...] olía a

colonia cara usada [...] y vestía impecable uniforme militar caquí [...] pelo rizado [...] domado por el aceite [...] mediana estatura [...] estómago protuberante [...] el mismo tono autoritario con que la saludó; la voz habituada a dar órdenes.” (2011: 249-250)

Tiene una mente dispuesta a la violencia, se le ocurren las más eficaces técnicas de tortura, desde encerrarlos en las cárceles más inhumanas que puedan existir hasta lanzar a gente por los aires. Desempeña su papel con tanta eficacia que llega a ser el hombre de mayor confianza del Gran General:

“Jugaba el papel del bueno, el que llegaba después de las torturas a pedir que no los obligaran a maltratarlos más. En las montañas, se le conocía como el “volador”. Era a él a quien se atribuía la idea de lanzar vivos a los campesinos de los helicópteros si no aceptaban colaborar con la guardia o denunciar a los guerrilleros. También [...] las cárceles enlodadas del norte: fosos de paredes de concreto y piso de lodo, cerrados con una losa también de concreto donde apenas había una diminuta apertura para ventilación y donde se encerraba a los campesinos por días y días hasta que se desmayaban por el olor de sus propios deshechos o perdían la razón. Era la mano derecha del Gran General, tanto por su efectividad en aterrorizar a los campesinos y combatir a la guerrilla, como por su habilidad para mantener el orden entre sus subordinados. [...] las funciones desempeñadas por Vela para proveer al Gran General de mujeres jóvenes y bonitas para sus correrías.” (2011: 248-249)

Toda persona poseedora de un mínimo de poder en este país, lo ejerce con violencia. Sobresale el ejemplo del alcaide mandado a prisión, por haber encontrado el médico forense pruebas de que, aquel, había matado a un hombre. Con el siguiente pasaje se comprueba la injusticia operante en el país:

“Pocos meses después el alcaide saldría de la prisión por buen comportamiento y asesinaría al médico en un camino desierto” (2011: 24).

En efecto, fue lo que ocurrió. Como se ha afirmado antes, en Faguas más vale callar a contar la verdad. Sin embargo, el ambiente de miedo en el que se ve sumergido el pueblo no le impide alzarse cuando ya están hartos de tanta injusticia. El entierro del médico fue “la manifestación más gigantesca” (2011: 198) durante la cual:

“se escucharon gritos, consignas saliendo detrás de los monumentos del cementerio: ¡Asesinos! ¡Guardia asesina! ¡Contra el Gran General! ¡Movimiento de Liberación Nacional!” (2011: 201).

Esa manifestación se salda con muertos, heridos y presos,

“nada espectacular” (2011: 204), dice Lavinia, en comparación con las masacres llevadas a cabo por la Guardia Nacional a fin de mantener el orden en Faguas. La principal fuente de oposición al régimen es representada por el Movimiento de Liberación Nacional, un partido clandestino. En su narración Lavinia da cuenta de otro partido de oposición: el Verde; poco poder y poca fuerza de persuasión tiene frente a la omnipresencia del dictador y de su red de familiares. Lo único que consiguen es sumar más desaparecidos o muertos a la lista ya, de por sí, desmesurada:

“Una gran manifestación recorrió las calles demandando la renuncia de la familia gobernante, el retiro del candidato hijo del dictador. [...] Resistencia pacífica contra la tiranía. [...] No hubo quien pudiera contar después cuándo dieron comienzo los disparos ni cómo aparecieron los cientos de zapatos que Lavinia vio dispersos por el suelo. [...] Esa noche las familias esperaron ansiosas escuchando los disparos de los francotiradores en la noche. La madrugada amaneció en medio de un pesado silencio. Las radios anunciaron que el candidato Verde y sus colaboradores se habían refugiado en un hotel y solicitado la protección del embajador norteamericano. Se hablaba de trescientos, seiscientos, incontables muertos. Nunca se sabría exactamente cuántas personas murieron ese día llevándose a la tumba la última esperanza de muchos por librarse de la dictadura.” (2011: 24-25)

No obstante, algunos no pierden la esperanza y se dan cuenta de que la resistencia pacífica sólo puede fracasar frente a tanta violencia empleada por la dictadura. Los esbirros de la dictadura no temen a nada, defienden el régimen cueste lo que cueste y les da igual matar a gente mientras hagan respetar las reglas impuestas por el Dictador. Es por ello que la única respuesta a la violencia es la violencia. Si se quiere conseguir un cambio se tiene que hacer algo impactante, algo que afecte al régimen igual que a ellos. A eso alude Lavinia recordando la opinión de una amiga suya española acerca de unas contiendas europeas:

“sobre la justicia de las acciones de los vascos contra el franquismo: ambas facciones mataban a sangre fría [...] las diferencias entre agresores y agredidos; entre los maquis franceses y los nazis [...] la defensa propia, la violencia justificada [...] gente que mataba por matar y gente que mataba por la vida, en defensa y preservación de lo humano frente a la bestialidad de la fuerza bruta.” (2011: 88)

Es decir, la violencia usada como medio para conseguir un fin justo según la misma teoría de Walter Benjamín. Lavinia, al principio, considera la lucha armada del Movimiento de Liberación Nacional como una locura, un “suicidio

colectivo” llevado a cabo por “especies de Quijotes tropicales” (2011: 71). La referencia cervantina aparece varias veces refiriéndose a ellos como los “quisquillosos jóvenes Quijotes con la lanza en ristre” (2011: 271) peleando “contra molinos de viento” (2011: 104). Sin embargo, Felipe -el amante de Lavinia- admite que el propósito del Movimiento no es matar a gente sino lograr cambios más profundos; la violencia es una imposición y tienen que luchar contra ella:

“No se trataba de vender sueños a corto plazo, ni de simplemente sustituir personas. Se perseguían cambios mucho más profundos” (2011: 363-364).

El objetivo es tanto conseguir mejorar las condiciones sociales, la educación y la sanidad pública como reivindicar los derechos de las mujeres, acabar con el régimen dictatorial y su ancestral corrupción; tanto como volver a nacer como seres libres y dignos⁷.

Poco a poco Lavinia toma conciencia de la situación de su país y, alterada por la rabia que le provoca la violencia de los grandes generales, empieza a comprometerse con el Movimiento (2011: 15). De repente se siente empujada por el profundo deseo de cambiar las cosas para proporcionar un mejor porvenir a las generaciones futuras:

“¿Vos querés que tu hijo crezca y viva en este ambiente? ¿No querés un cambio para él? ¿Querés que, como nosotros, tenga también que reclamarle a sus padres el no haber hecho nada para cambiar este estado de cosas?” (2011: 305).

Además, se ve obligada por las circunstancias –la muerte de Felipe- a comprometerse aún más, integrando el comando que atacará la casa del General Vela. En este operativo el adyuvante de los guerrilleros es el arma y principalmente la Madzen. Le enseñan a Lavinia a tratar su arma como si fuera una mujer puesto que hablan de la Madzen “cual si estuviese[n] hablando de un cuerpo de mujer, de una novia oscura y sólida” (2011: 372). ¿Qué es lo que se pretende con esta comparación?, ¿hay que considerar el arma delicada como el cuerpo de una mujer y acariciarla mientras se aprieta el gatillo para matar? Porque por otra parte la Madzen es poseedora de mucha fuerza haciendo perder el equilibrio al inexperimentado que la utiliza (2011: 380), encierra en una

⁷ “el programa del Movimiento, donde se hablaba con tanta seguridad de todas las cosas inalcanzables que se debían alcanzar: alfabetización, salud gratis y digna para todos, viviendas, reforma agraria (real, no como el programa de televisión del Gran General), emancipación de la mujer (¿y Felipe?, pensó, ¿y los hombres como él, revolucionarios pero machistas?); fin de la corrupción, fin de la dictadura... fin de todo, como cuando se encienden las luces y se acaba una mala película. [...] Lo decían “fin de la oscuridad; salir de la noche larga de la dictadura””. (2011: 123) Más adelante se entrará en detalle en la cuestión del machismo puesto que forma parte del tema de la tercera parte.

bala el poder de matar a una persona. De hecho, en ello insisten los miembros del operativo: su meta no es matar a los invitados de la casa salvo si les atacan –o sea únicamente en defensa propia- puesto que son “revolucionarios, no [...] asesinos, ni desalmados” (2011: 368). Por eso también llegan a reconsiderar el estatus de traidor que se otorgaba a cualquier guerrillero hecho prisionero por la Guardia Nacional y sometido a los más inhumanos métodos de tortura:

“Antes éramos inflexibles. Considerábamos traidor a quien diera cualquier información a la seguridad del dictador. Ahora, a medida que los métodos de tortura son más crueles y refinados, sólo pedimos a los compañeros que resistan durante una semana para dar tiempo a que se movilicen los que puedan ser implicados. [...] Lo enteró en un lugar a pleno sol durante una semana, dejándole solo la cabeza fuera de la tierra. Vela llegaba con un balde de agua y se lo echaba en la cabeza.”(2011: 258)

Esos métodos son los que disuaden, en un primer momento, a Lavinia a comprometerse. El miedo es más fuerte que todo lo demás porque dice que siendo mujer aún lo tendría más difícil en cuanto a las técnicas de tortura usadas:

“La tortura. El volcán. Y ella era mujer. Se imaginó violada en las mazmorras del Gran General” (2011: 66)⁸.

Ahora bien, se puede analizar en la parte siguiente cómo se considera a la mujer en la narración de esos dos períodos históricos.

III. La violencia de género

La mujer habitada tiende a defender los derechos de la mujer en la sociedad. A través de personajes como Itzá, Lavinia o Flor. Por su parte, Gioconda Belli representa el papel que la mujer llega a desempeñar, a pesar de las normas establecidas por la sociedad. De hecho, uno puede preguntarse cuál fue el elemento definitorio que las llevó a tal compromiso. En el caso de Itzá y Lavinia, ¿hubieran llegado a comprometerse en la lucha armada sin el amor que sentían por Yarince y Felipe? A Lavinia, “el amor y la rebelión la habían logrado absorber completamente” (2011: 330). Bien es sabido que muchas de las mujeres que se comprometieron en luchas revolucionarias –como simples militantes o guerreras- se vieron influenciadas, muchas veces por el entorno familiar (opiniones políticas de los padres, etc). En el caso de Lavinia, la influencia vino por parte de la tía Inés,

⁸ Bien sabido es que los dictadores tienen poca consideración hacia las mujeres –sirven solo de desahogo para su apetito sexual exagerado- y, si fingen tenerlo es sólo por atraerse los votos de una mitad importante de la población –siempre y cuando su régimen se haya conseguido mediante la legitimidad legislativa.

que tenía opiniones bastante liberales para la época. Mientras Flor se vio sometida a la perversión de uno de sus tíos; él llegó a comportarse como un padre pero con el único objetivo de acostarse con ella una vez hubiera alcanzado la mayoría de edad:

“Ella también había tenido un tío definitorio, le dijo; pero no en el sentido positivo de la tía Inés de su historia [...] La llevó en viajes al extranjero a conocer museos y gentes inquietas y estafalarias. “Me adoptó prácticamente [...] Pero no con buenas intenciones [...] Esperó que yo creciera para convertirme en su amante [...] Y para contrariar su lujuria, entró a la universidad y se dedicó a coquetear y acostarse con quien estuviera dispuesto a hacerlo [...] El único que no había estado dispuesto fue Sebastián”.”(2011: 115)

Sebastián ya era miembro del Movimiento y Flor al igual que Lavinia sintió la necesidad de comprometerse, porque no querían quedarse sin hacer nada, como simples espectadoras. Lavinia alude, varias veces, a lo largo de su relato al hecho de que no quiere ser una simple Penélope, quedándose en casa a la espera del regreso de su Ulises:

“No quería hacer de Felipe el centro de su vida, devenir en Penélope hilando las telas de la noche [...] se reconocía atrapada en la tradición de milenios; la mujer en la cueva esperando el regreso de su hombre de la caza y la batalla [...] Felipe era Ulises luchando contra los cíclopes, los cíclopes de la dictadura.” (2011: 108-109)

Sin embargo, el compromiso de la mujer en luchas armadas, ya sea en tiempos de la Conquista como en el siglo XX, no era aceptado por todos. Pero en el siglo XX, para derribar a las dictaduras, era necesaria la ayuda de las mujeres en este proceso; no se podía negar la participación de la mitad de la población, es por ello que la mujer tuvo que rebelarse a la vez contra el régimen dictatorial y contra el lugar que le asignaba la sociedad. Así se lo dijeron también a Itzá:

“Estarás dentro de la casa como el corazón dentro del cuerpo... Serás la ceniza que cubre el fuego del hogar.” (2011: 10)

Este era el sitio de la mujer, se tenía que mover en el espacio de lo privado, el hogar era para ella el único lugar legítimo en el cual podía estar y hasta mandar, fuera de ahí, se veía sometida al poder masculino. De hecho, en lo referente a luchas revolucionarias del siglo XX, como fue la lucha sandinista:

“La mujer trasladó el sentido de obediencia y disciplina de una a otra institución, de la familia al partido y se politizó. La necesidad de actuar frente al régimen, de poner la cara, fue la que deshegemonizó la voluntad del hombre de la casa en el hogar [...] la mujer también

como el FSLN, desobedeció y desafió.” (Rodríguez 1990: 112)

Fue considerado como un disparate que la mujer, ángel del hogar, de repente se rebelara y tomara las armas como cualquier hombre. No obstante, hay que reconocer que la prohibición fue también muy ambigua porque aunque

“il semblaît “naturel” et prescrit par la loi divine, que les femmes ne prennent pas les armes [...] l'époque ne manque pourtant pas d'images de femmes armées: les amazones appartiennent au paysage littéraire de toute l'Europe occidentale.”⁹ (Zemen Davis 1991: 176)

Itzá siempre se sintió atraída por los juegos, definidos como los de los chicos (Belli 2011: 125). Es así que con naturalidad aprendió a usar el arco y la flecha, al contrario de Lavinia que le tenía un miedo cerval a las armas:

“apenas si las tocó aduciendo el horror femenino a las armas de fuego [...] aprendería a manejar armas de fuego. Quizás guardaría armas en su casa. No lograba imaginarse a sí misma disparando” (2011: 262).

Tomar las armas no era un oficio de mujer para la sociedad y quien las tomaba se quedaba al margen de la sociedad, así lo afirma Itzá:

“yo había desafiado lo que es propio de las mujeres yéndome a combatir con Yarince. De todas formas era considerada una texoxe bruja, que había encantado a Yarince con el olor de mi sexo” (2011: 74).

Itzá era un bicho raro que daba miedo a la gente, por no seguir las normas la tachaban de bruja. El miedo a lo desconocido es lo que provoca ese tipo de reacciones. Una mujer que se enfrenta a las normas en vigor sólo puede ser una bruja que manipula al hombre a su antojo usando el sexo -algo bastante desconocido y controlado por la sociedad de la época. Anamari Gomís completa esta idea reconociendo que

“el ancestral miedo del hombre a la mujer, compartido por varias culturas, culminó en la Europa de los tiempos modernos en violentos acosos, en maltratos y asesinatos. La mujer es representante de Kali, la diosa hindú, sanguinaria y destructora; de las Amazonas, “devoradoras” de carne humana; de las Parcas que cortaban el hilo de la vida; de la diosa de la vida y de la muerte llamada Coatlicue; de las terribles Erinias griegas; de Circe, la hechicera; de Medea, la bruja.”(2003: 46)

Bien es conocido, entonces, el papel peligroso que puede llegar a tener la mujer a partir del momento en que se aleja

9 “Parecía “natural” y proscrito por la ley divina, que las mujeres no tomaran las armas [...] sin embargo en la época no faltan las imágenes de mujeres armadas: las amazonas pertenecen al paisaje literario de toda Europa occidental.” (Trad. propia).

del modelo preconcebido otorgado a la femineidad. A pesar de ello, Itzá consiguió hacerse un sitio al lado de los hombres en:

“un lugar protegido desde donde disparaba flechas envenenadas [...] aunque después también debía cocinar y curar a los heridos” (Belli 2011: 142-143).

Se les permite participar pero sin olvidar las tareas “propias” de su sexo igual que lo admite Flor citando al Che:

“Si hasta el Che Guevara decía, al principio, que las mujeres eran maravillosas cocineras y correos de la guerrilla, que ése era su papel” (2011: 117).

La actitud machista de los guerrilleros no desaparece de un día para otro. Aunque hayan hecho sitio a las mujeres para luchar a su lado, no han dejado de lado su sentimiento de superioridad. En el operativo Eureka, integrado por Lavinia, encargado de asaltar la casa del General Vela, un tercio o casi la mitad del comando son mujeres:

“El grupo original lo componían cuatro mujeres y nueve hombres. Ahora, con la muerte de Felipe, habría que ver si serían cinco las mujeres que participarían” (2011: 359).

Karen Kanpworth en su estudio sobre *Mujeres y movimientos guerrilleros* estima que en el FSLN “un 30% de los combatientes y gran parte de los altos mandos guerrilleros, eran mujeres” (2007: 16). Además de esto, reconoce el hecho de que reclutar a mujeres formaba parte de una nueva estrategia que:

“consistía en reclutar a todo aquel que quisiera unírseles [...] los guerrilleros masculinos tenían que reprimir su sexismo [...] no quiere decir que dejaran de ser sexistas” (2007: 49).

Durante la conquista, Itzá relata el comportamiento de los conquistadores hacia las mujeres: eran tratadas como si fueran objetos al servicio de sus deseos, ya sea, siendo cocineras o bien putas. Ni siquiera eran tratadas como seres humanos, matándolas cuando no valían para nada más:

“Temerosas. Creyendo que así guardarían sus vidas. Terminaron tristes esqueletos: sirvientas en las cocinas, decapitadas cuando se rendían de caminar, cuerpos para el descargue de los marineros en aquellos barcos” (Belli 2011: 73).

Se sometieron a los españoles creyendo que podrían llevar una vida tranquila. El paso de los siglos no ha hecho cambiar mucho la situación de la mujer ya que sigue siendo tratada como si fuera un objeto. Lavinia lo demuestra siendo percibida como objeto sexual mientras va pasando entre un grupo de obreros:

“la miraban al pasar haciendo alarde, abandonando el

cemento para silbar o dejarle ir un “adiós mamacita”. Ese asedio al que se veían expuestas las mujeres en la calle debería ser ilegal.” (2011: 27)

Lavinia se rebela contra esta superioridad masculina que no tiene justificación alguna. No entiende por qué los hombres:

“disfrutaban de la ventaja de no tener los límites de espacios confinados, los eternos privilegiados. A pesar de que todos salían del vientre de una mujer de que dependían para crecer y respirar, para alimentarse, para tener los primeros contactos con el mundo y aprender a conocer las palabras; luego parecían rebelarse con inusitada ferocidad contra esta dependencia, sometiendo al signo femenino, dominándolo, negándose a reconocer el poder de quienes a través del dolor de piernas abiertas les entregaban el universo, la vida.” (2011: 60)

Por eso mismo, las mujeres de Taguzgalpa decidieron chantajear a los españoles rehusando tener sexo con sus maridos para no parir más hombres esclavizados por los conquistadores (2011: 137).

Lavinia, decide ser dueña de sus decisiones y no informar a Felipe de su compromiso con el Movimiento, dejándolo en “la ignorancia inocente, tan común en la historia del género femenino” (2011: 120). Bien es sabido que hubo que esperar a los años 70 del siglo XX para que historiadores –y sobre todo historiadoras- empezaran a hurgar en el pasado volviendo a escribir la historia, añadiendo buena parte de ella que se había quedado al margen, la perteneciente a la historia de la mujer. Ignacio Arellano y Carlos Mata en *La novela histórica teoría y comentarios*, afirman que:

“nuestro conocimiento se enriquece con otros aspectos hasta ahora descuidados [...] más recientemente, la de la vida cotidiana o la protagonizada por las mujeres, con lo que se camina hacia la denominada “historia total”” (1998: 29).

Este nuevo interés sacó a la luz la manera en la que el hombre usó a la mujer en tiempos de conflicto, aprovechándose de ella y de su ayuda para luego condenarla otra vez al silencio y a la inutilidad, quitándole valor y relevancia en su participación, por ejemplo, en movimientos revolucionarios:

“Las mujeres entrarían a la historia por necesidad. Necesidad de los hombres que no se daban abasto para morir, para luchar, para trabajar. Las necesitaban a fin de cuentas, aunque sólo lo reconocieran en la muerte” (Belli 2011: 351-352).

Se trata de aquella muerte que siempre le parece a uno lejana hasta que lo alcanza. Es así que el paso lógico que sigue ahora, en este estudio, es el que permita adentrarse en la

oscuridad de la muerte, el fin absoluto de cualquier forma de violencia.

IV. La muerte

El miedo a la muerte es algo común en el ser humano, si se tiene conciencia de ella. A pesar de esto nada tiene que impedirle luchar por conseguir algo justo, incluso si la muerte como finalidad del proceso revolucionario es algo injusto. Según Lavinia:

“no deberíamos tener que morir o arriesgarnos a morir por querer que desaparezca la miseria, que no haya dictadores [...] no queda más remedio que luchar” (2011: 149).

La muerte es un precio muy alto que, a veces, hay que pagar: “Vencemos o Morimos” (2011: 364), gritan los guerrilleros ya que para luchar sin estar frenado por el miedo a la muerte, hay que superarlo; de hecho, llegan a considerarla como algo fútil e inexistente, van “regalando sus vidas, disponiendo de ellas cual si nada significaran” (2011: 129). Itzá pagó con su vida el combatir a los españoles:

“Sentí un golpe fuerte en la espalda, un calor espeso que me paralizó los brazos. Fue un instante. Cuando de nuevo abrí los ojos ya no estaba en mi cuerpo, flotaba a poca distancia de agua viéndome desangrar, viendo mi cuerpo irse también río abajo. Escuché los gritos de alerta de los españoles y de pronto, entre los árboles de la ribera, donde por última vez vi a Yarince, escuché aquel alarido largo y profundo de mi hombre herido por mi muerte.” (2011: 334)

Felipe también muere sin haber podido acabar con la lucha:

“se estaba muriendo, se estaba desangrando, tenía la carne abierta a la altura del estómago” (2011: 341).

El amigo de la universidad de Lavinia acaba muriéndose en el asalto a la casa de los Vela: “Pablito estaba muerto” (2011: 393). La violencia entra en un círculo vicioso puesto que en estas luchas, la muerte de uno da más coraje al que se queda con vida para seguir luchando. En efecto, Lavinia sigue luchando para “evitar que sus muertes quedaran vacías, que no sirvieran para nada” (2011: 351). Pero la rueda de la muerte sigue girando hasta que alcanza a más gente. Lavinia no tiene ese privilegio de seguir viva para comprobar los logros de la lucha revolucionaria, aunque los vaya deduciendo:

“Lavinia sintió el golpe en su pecho, el calor inundándola. Vio al General Vela aún de pie frente a ella, sosteniéndose, disparando [...] apretó el arma contra sí y terminó de descargar todo el *magazine*. Vio a Vela caer

doblado, derrumbado, y sólo entonces permitió que la muerte la alcanzara. [...] *Eureka* había salido bien. Mañana todo habría terminado.” (2011: 396)

La muerte es un proceso violento que forma parte de la vida y que tiene el poder de acabar con ella cuando uno menos se lo espera. Pero en este caso, obviamente todos sabían qué fin podría tener sumarse a luchar contra la opresión. Oponerse con violencia a un régimen que patrocina cualquier acto de violencia para mantenerse en el poder, en la mayoría de los casos, se paga también con otra violencia, la de la muerte.

Conclusión

En *La mujer habitada*, Gioconda Belli usa dos espacios cronológicos distintos para ejemplificar la presencia de la mujer en los procesos violentos de resistencia y revolución. Pero la frontera temporal es porosa puesto que la resistencia a la colonización se inscribe en la revolución en contra de la Dictadura. A pesar de los siglos que separan estos dos acontecimientos el hombre siempre ha establecido sus relaciones con los demás mediante el uso de la fuerza. Siempre la violencia apareció como la solución del problema aunque el ser humano siguiera actuando de la misma forma e Itzá acaba siendo la espectadora del transcurso cíclico de la Historia que se repite. El Gran General es el detentor de la violencia como medio para imponerse. Fomenta el miedo mediante el uso de la represión y de la tortura para que el pueblo esté sometido y obediente a sus órdenes. Pero esto no cuenta con el hecho de que el pueblo hartado de tanta injusticia y de este régimen del terror decida armarse de valor para derrocarlo porque la violencia encerrada en un proceso revolucionario o de resistencia es tan fuerte como la violencia utilizada por el opresor y actúa como contestación al diálogo establecido entre Conquista/Resistencia y Dictadura/Revolución. La violencia es arma de doble filo, con ella unos atacan y otros se defienden. Incluso si se acaba muriendo para conseguir fines justos, esta muerte, también, es la respuesta a aquel proceso violento puesto que la finalidad de la violencia puede llegar a ser la muerte.

Comparar el país ficticio de Faguas, implícitamente, con el cuerpo de una mujer ejemplifica el hecho de que al igual que el país está sometido al yugo del dictador, la mujer está sometida al del hombre. Por eso la referencia a la feminización de la violencia sabiendo que la participación de las mujeres en estas luchas también forma parte de un proceso violento, el de alzarse y rebelarse en contra de un sistema desigual y discriminatorio, puesto que también van luchando en contra de esa dominación masculina, otro tipo de opresión. En *La mujer habitada* esta feminización de la violencia da énfasis a la presencia de la violencia de género,

una violencia más psicológica que física pero igualmente dañina. El amor o las relaciones familiares aparecen como factores claves en el compromiso de las protagonistas con la causa revolucionaria. A pesar de las normas establecidas por la sociedad que van en contra del papel de guerrera o revolucionaria de la mujer, estas mujeres deciden infringirlas viendo en ello la posibilidad de independizarse y de rechazar la obligación de ser un perfecto ángel del hogar. Este acto de doble rebelión es el que las lleva a ser marginalizadas por una sociedad profundamente tradicional puesto que cualquier mujer que se aleje de la feminidad acaba siendo peligrosa. Es difícil deshacerse de las ideas preconcebidas y del orden social impuesto, por eso se nota cierto machismo hasta en el ámbito revolucionario. Si la mujer se rebela pierde su condición de mujer y sólo acaba siendo considerada como si fuese un objeto lo que llevó durante mucho tiempo a que la Historia invisibilizase la importancia del papel de la mujer en movimientos revolucionarios. Pero Gioconda Belli se propone mediante la literatura rescatar este papel olvidado de la mujer, feminizar las luchas revolucionarias para que las mujeres vuelvan a ocupar el sitio que les corresponde. La literatura siempre fue usada como espejo de la realidad, poco importa que le sea fiel o que vaya adoptando una visión deforme de esta. Gioconda Belli se adentra en un mundo ficticio pero también impregna su novela de referencias históricas. *La mujer habitada* se puede considerar como una novela histórica puesto que su objetivo es despertar las conciencias adormiladas, dar cuenta de algo que algunos se esfuerzan en esconder o simplemente relatar una historia entretenida tras la cual se esconde la luz de la verdad histórica.

Referencias

Arellano, Ignacio y Mata, Carlos (1998). *La novela histórica: teoría y comentarios*. Pamplona: EUNSA.

Belli, Gioconda (2011). *La mujer habitada*. Barcelona: Seix Barral.

Belli, Gioconda (2010). *El país bajo mi piel, memorias de amor y de guerra*. Pamplona: Editorial Txalaparta.

Benoît, Denis (2000). *Littérature et engagement: de Pascal à Sartre*. Paris: Seuil, D.L.

Da Cunha, Gloria (2004). *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.

Delanoy, Luc (2003). “La música, vector de violencia en la literatura”, en *Territorios de la violencia: reflexiones desde*

la literatura. Monterrey: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León: pp. 40-45.

Domenach, Jean-Marie (1981). “La violencia”, en *La violencia y sus causas*. París: Organización de las Naciones Unidas por la Educación, la Ciencia y la Cultura: pp. 33-45. <http://unesdoc.unesco.org/images/0004/000430/043086so.pdf>. (Consultado el 16/11/2016).

Gomís, Anamari (2003). “La cacería de brujas: temor a la mujer”, en *Territorios de la violencia: reflexiones desde la literatura*. Monterrey: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León: pp. 45-51.

Kampwirth, Karen (2007). *Mujeres y movimientos guerrilleros: Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba*. México D.F.: Plaza y Valdés: Knox College.

Rodríguez, Ileana (1990). *Registradas en la historia: 10 años del quehacer feminista en Nicaragua*. Nicaragua: Centro de Investigación y Acción para la Promoción de los Derechos de la Mujer.

Ryukichi, Terao (2005). *La novelística de la violencia en América Latina: entre ficción y testimonio*. Mérida (Venezuela): Universidad de los Andes.

Sartre, Jean Paul (1957). *¿Qué es la literatura?*, Trad. Aurora Bernárdez. Buenos Aires: Losada.

Walter, Benjamín (2010). *Crítica de la violencia*. Madrid: Biblioteca Nueva, D.L.

Yves, K. (2011). *Sartre et la violence des opprimés*. Barcelona: Indigènes Editions.

Zemen Davis, Nathali (1991). “La femme “au politique””, en *Histoire des femmes en occident, XVI-XVIII, Tomo 3*. Ed. Duby, Georges y Perrot, Michelle. Paris: Plon: pp. 175-190.